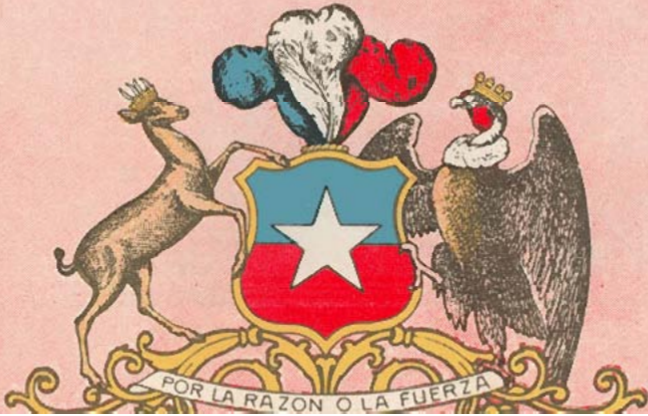




Gabriel Gonzalez Videla



viaje

HABLA PARA "EN VIAJE" LA ESPOSA DEL
EXCMO. SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

ROSA MARKMANN DE GONZALEZ VIDELA
TIENE UNA PERSONALIDAD LUMINOSA

ESCRIBE

PATRICIA MORGAN





La Sra. Rosa Markmann de González Videla posa para "En Viaje". (Foto Silva).

Entré a la casa de don Gabriel González Videla, con una gran emoción; una emoción curiosa, tal vez. Pues aunque conocía personalmente a la señora Rosa Markmann, no sabía nada concreto de su ser íntimo, que era el que ahora iba a descubrir. Una mujer linda y feliz como es ella, no siempre tiene vida interior, y aquí tuve la agradable sorpresa de buscarla: descubrir su maravilloso ser íntimo, el saber que nuestra Presidenta es una gran mujer, capaz de todos los sacrificios, animada de los mejores deseos, ansiosa de realizar una obra grande para ayudar a su esposo, en bien de Chile y especialmente de sus mujeres.

La señora de González Videla es como un remanso de paz
La señora Markmann es mu-

cho más linda en la intimidad del hogar, porque tiene el más grande de los atributos: "la sencillez". Es de una sencillez maravillosa, sin pose, ni afectación; en ningún momento hace sentir que ella es hoy día la más alta entre todas las mujeres de Chile.

Habla de sus padres, de su marido y de sus hijos con la naturalidad con que cualquiera otra que no tenga su rango, lo haría. Sonríe graciosamente, recuerda momentos de pesar que ensombrecen por instantes su mirada brillante y acoge en su hogar, con una afabilidad que cautiva. La señora Markmann de González Videla, "Mitty", como la llaman sus íntimos, es una mujer luminosa.

Me invita a sentarme al pie de un magnífico retrato, donde

luce con majestad su hermosura. Es un amplio salón, elegantemente amoblado.

En un rincón, una regia lámpara azul, destella pálidamente su luz, que da ambiente y serenidad a los objetos que la rodean; se ve la mano de mujer imaginativa en todos los detalles que adornan su hogar. En esta época de ventoleras y torbellinos, la señora Mitty, como rezagada en el tiempo, semeja la acuarela de un remanso; diríase que su espíritu es como esas pozas cristalinas que en el día reflejan las ramas del sauce que las defiende, y de noche recoge en la serenidad de su espejo, apaciblemente, el pestañear de las estrellas, misteriosamente lejanas. Pero todo no ha de ser divagar sobre los atractivos de esta mujer, hoy la primera dama de Chile, y volviendo a la realidad, empiezo mi interrogatorio.

La esposa del Presidente nos relata su infancia

—Quisiera antes que nada unos datos biográficos suyos.

—Nací en Taltal, mis padres fueron Juan Markmann Villagrán y Ana Reicher Silva.

—¿Ambos chilenos?

—Sí, y mis abuelos también.

—Pero, ¿por qué hablan tanto de su directa ascendencia israelita?

—Seguramente falta de informaciones.

—¿Quién fue entonces el primer Markmann que vino a Chile?

—Mi bisabuelo, don Guillermo Markmann, médico cirujano alemán, nacido en Hamburgo y contratado por la Armada Nacional nuestra.

—¿Casado en Alemania?

—Sí, con Carolina Hkaque von Plate.

—Mi bisabuelo fundó el hospital de San Fernando, y toda su fortuna y sus entradas las gastaba en proporcionar bienestar a sus enfermos, en dietas, remedios, etc., y murió pobre; pero querido y respetado de los que lo conocieron.

—¿Tuvo muchos hijos?

—Siete: Gertrudis, Matilde, Enrique, Rodolfo, Guillermo, Florencia y Elisa. La mayor, Gertrudis, fué monja de claustro; los demás, todos casados en Chile.

—¿Así es que su abuelo es Markmann Hkaque von Plate? ¿Y su abuelita?

—Ella era Villagrán Urrutia.

—Más chilena, imposible.

—Muy chilena y con un deseo vehemente de hacer algo por mi patria.

—¿Solamente dos hijos?

—Hoy sí; Rosita y Silvia; pero en París murió un hombrico al poco tiempo de nacer.

Sus ojos se entristecen en el recuerdo y se presiente que este ha sido el gran dolor de su vida.

—¿Silvia es la mayor?

—Sí, la mayor, y la que desearía retener a mi lado un tiempo más, ya que Rosita se casó tan chiquilla.

—¿Serán Uds. muy compañeras?

—Sí, es la ventaja de casarse joven. Además, Silvia es tan comprensiva, tan sencilla, tan avenible.

—Me dicen que es muy aficionada al deporte, que se la ha visto continuamente en Farellones, de excursión.

La señora Mitty se ríe y me dice:

—Bueno, esto no es para escribirlo, (pero como los cronistas somos indiscretos...); pero le voy a contar algo a propósito de Farellones que le dará una idea de lo que es Silvia. Le gusta subir a la cordillera en una camioneta desvencijada y vieja que le da infinitas molestias, que la obliga a bajarse del camión varias veces a componerle desperfectos; pero ella goza con estos viajes y los prefiere a la comodidad de cualquier auto.

—Será muy amante de la naturaleza.

—Le gusta, por sobre todo; tiene una sensibilidad que vibra con lo natural y prefiere sus excursiones a cualquier otro panorama. Si ella no pasara en contacto con la naturaleza, continuamente, se ahogaría.

—¿Y hoy día tiene algún afán especial?

—Está sobrellevando un esfuerzo enorme para recibirse de bachiller. Nuestros viajes la han perjudicado en sus estudios, y se ha propuesto dar todos los exámenes necesarios, desde el de madurez, para tener su título pronto.

Este esfuerzo en la hija del Presidente indica la calidad moral de su persona. En realidad, Silvia trasluce un alma llena de luz, es muy parecida a su padre; grandes ojos oscuros que miran con honda ternura y serenidad y hacen presentir su inteligencia y su bondad.

—¿Cuándo conoció al que hoy es su compañero?

—Muy muchacha, a los 14 años. Aunque a él le impresionó desde el principio, yo no le di a esto importancia, pues pasaba preocupada de mis estudios.

—¿Dónde cursó sus humanidades?

—Me educué en el Liceo N.º 1, y ahí obtuve mi título de bachiller. Después, poco duró mi libertad, porque a los 17 años me casé, en el año 1926.

Hay en su alma un gran sentido maternal

—¿La impresionó mucho su primer hijo?

—Como a toda muchacha, con la locura con que todas las madres jóvenes lo sentimos. Sólo después de los años vividos, damos tal vez a la maternidad su valor real, magnífico, que encierra.

—¿Así irá a sentir Ud. su primer nieto?

—Me parece que sí. Deliro por tener la noticia de que me van a hacer abuela. Sentir nuevamente revivir en una hija nuestro proceso maternal, debe ser maravilloso; y ahora, sin responsabilidad directa, pudiendo dar toda nuestra ternura sin restricción ninguna; queriendo sin enseñar o enseñando mal, debe ser delicioso.

—¿Qué gracioso, que Ud. tan joven vaya a ser abuelita.

—Ya las abuelas viejas en nuestra generación no existen.

La Sra. de González Videla, durante la entrevista que concedió a la redactora de "En Viaje", señora Patricia Morgan



(Foto Silva).



Don Guillermo Markmann que llegó a Chile, hace 120 años, contratado por el Gobierno como médico cirujano de la Armada. Fundó el Hospital de San Fernando

Antes nuestras madres y abuelas envejecían tan jóvenes. La vida sólo les daba responsabilidad y dolor. Hoy día nosotras, que todavía tenemos juventud, en vez de envejecernos nos rejuvenecemos en el nieto que nace, y debe haber momentos en que muchas de estas abuelitas se sentirán madres de los hijos de sus hijas.

—Se dice que Ud. ha colaborado asiduamente en la carrera política de su marido.

—He estado siempre a su lado, asumiendo con él todas las responsabilidades que yo podía ayudarle a soportar. Hemos sido muy compañeros, y espero cooperar ahora con él, en la difícil tarea que se le presenta.

—Todas las mujeres chilenas han puesto su fe en Ud. y sé que no serán defraudadas.

—Ojalá fuese así. Inmensa responsabilidad la mía, pero soy optimista y espero salir adelante; un fracaso no vendría nunca, porque yo no hubiera puesto toda mi alma en la causa que voy a emprender.

—¿Muchos viajes?

—Sí, bastantes. Estuvimos en Francia el año 40 y 41, desde

ahí viajé por Europa. Después volvimos a América y estuvimos en Brasil el año 42 al 44.

En París y Río de Janeiro fué gentil embajadora

—¿Qué recuerdos tiene de estas embajadas?

—Muy diferentes. En Francia, aunque tuvimos una estada cordial y rodeados de comprensión y de cariño, la guerra ensombrecía todas las horas; el dolor, el hambre, las prisiones, la inquietud pintada en todos los rostros..., en fin, lo que Ud. ya sabe por tantos que han vuelto del frente. Después mi propio dolor, la muerte de mi hijo que hacía poco había nacido, y de lo que hasta hoy día no puedo conformarme.

Y ella se ensombrece de nuevo, como yo soy madre, comprendo su angustia. Un hijo que se muere, es un dardo clavado en el corazón para toda la vida. Ella hoy día pensará con razón, que este hijo habría perpetuado el nombre de su padre, que tiene que ocupar un sitio de honor en nuestra historia patria.

—Y Brasil, ¿le aminoró su pesar?

—Brasil... ¡Qué país! La tierra de la felicidad. Fué un lenitivo para tanto dolor que traía encerrado en mi alma.

—¿Este retrato, le digo, señalando el hermoso cuadro que está a nuestras espaldas, se lo hicieron allá?

—Sí, un gran artista brasileño.

—Pero tiene una expresión dolorosa que no es la suya.

—Venía yo recién llegando de Francia y el pintor de vuelta de la guerra de Europa. Mientras yo posaba, él me relataba los desastres de los campos de batalla, sus angustiosos recuerdos, la tragedia de las madres que perdían a sus hijos. Ud. comprenderá que con una charla de esa naturaleza, —me dice sonriendo— y con un ánimo decaído todavía con mi propia pena, sin darme cuenta, me entristecía más y así me tiene en este cuadro con una expresión que no es la mía habitual.

—Pero me imagino que la magnificencia de Río de Janeiro la restableció bastante.

—Mucho, increíble; la naturaleza fantástica de Brasil, anula el pensar en sí misma, para hacer sólo sentir; la fuerza con que todo brota, con que todo fertiliza, da una sensación de más grandeza. Si todos allá son felices, ¿recuerda Ud.? El rico, el pobre, la clase media, todos bien y tienen buen humor. Cómo dar a nuestro pueblo ese sentir del carioca, cómo verlos a todos menos amargados y más felices.

—Ahí está su obra, querida Presidenta, ahí va a tener Ud. que poner el alma grande que tiene. El pueblo nosc nuestro y la clase media: ¿qué me dice Ud. de nuestra indefinida clase media?

—Que es realmente la más desfavorecida. Tiene que aparentar un bienestar que no puede



Don Juan Markmann Villagrán, padre de la señora de González Videla.

obtener con sus recursos y vive continuamente el drama tremendo de no tener nunca, con sus entradas, tranquilidad.

Ella queda como en suspenso, pensando tal vez en las pobres mujeres de la clase media, con el problema de las medias idas, de los sombreros pasados de moda...; del presupuesto ausente para los cambios de estaciones; del deseo incontrolado de igualar sus toillettes a las que tienen recursos... y continúa:

—Y las pobres mujeres de provincias; para ellas se acentúa este drama; viven apagadas sus almas en sus vidas en sombra. Los hombres, de la oficina al club, hasta la hora de comer, si es que comen en casa, llega la noche para ellas, silenciosa y llena de inquietud, porque sus hombres dejan en el juego sus sueldos y su tranquilidad.

Lo que ella piensa y desea para las mujeres de Chile.

—¿Qué piensa Ud. de nuestras mujeres?

—Que son heroicas. Mire Ud. a nuestra mujer del pueblo: lava, cose, cocina, cría a sus hijos y trabaja para subsistir, porque el hombre no llega a su casa con su sueldo. La mujer nuestra, creo que será un ejemplo de abnegación y generosidad para las mujeres americanas.

—Y si Ud. las defiende, atacando a sus hombres —prosigue— son las primeras en sentirse mal.

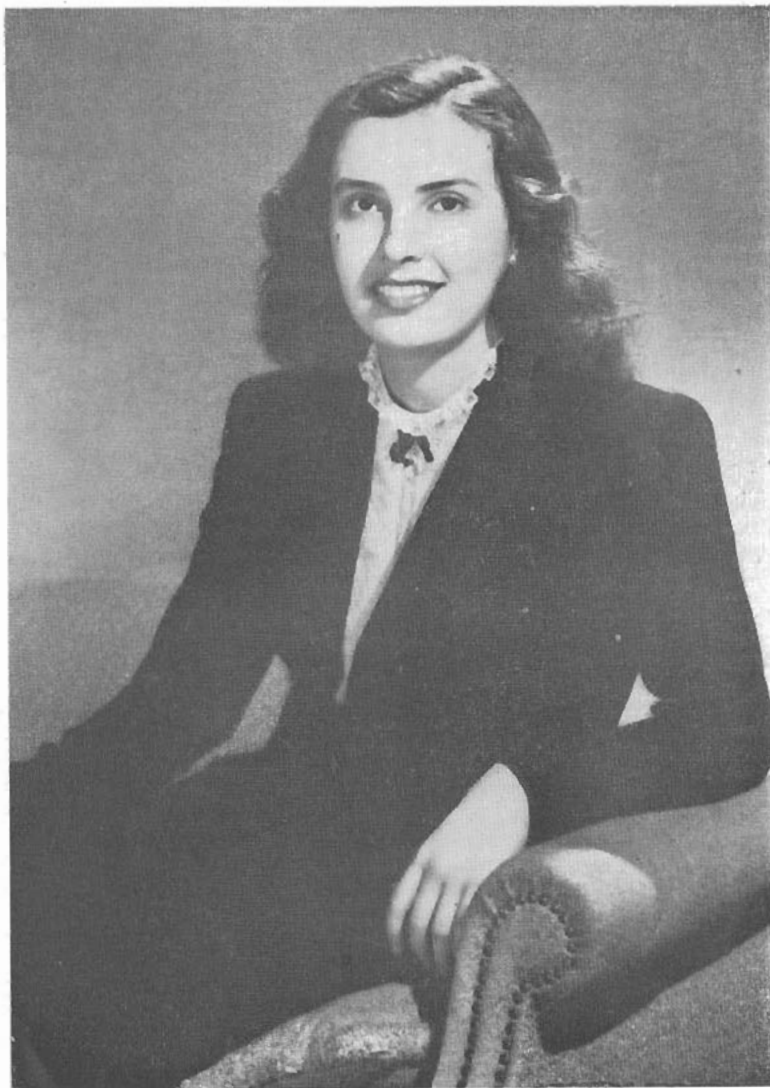
—Claro, y les dan en su bondad enorme a sus maridos, hasta el derecho de hacerlas desgraciadas.

—¿Cómo cree Ud. que hay que solucionarles el problema de su vida?

—Yo creo que solamente en forma drástica. Dictando tal vez una ley en que el obrero no pueda disponer de todas sus entradas en dinero. No sé en qué forma podría llegarse a ello, posiblemente teniendo una cooperativa obrera del Gobierno, donde cada obrero tuviese una capacidad mensual para retirar artículos de primera necesidad. Así no dispondría el hombre de todo su sueldo para gastarlo en alcohol y en otros vicios.

—Eso, si llega a realizarlo su esposo, haría la más grande de las obras, pues el alcoholismo es el látigo con que ellos destrozan sus hogares y por el alcohol viven fuera de sus casas.

—Ese es otro de los problemas. Hay que mejorar el standard de vida del obrero, hay que dar sensación de hogar a las casas inhospitalarias en que viven;



Srta. Silvia González Markmann

así ellos tendrían gusto en llegar a sus casas, en vez de dejar todas sus entradas en las tabernas.

—¿Se ha fijado Ud. en que nuestro obrero siempre se divierte solo ¿Va a la cantina solo, a los hipódromos solo, al fútbol solo y la pobre mujer en el umbral de su puerta, con la guagua en brazos, esperando el retorno del hombre, malhumorada, languideciendo frente al crepúsculo que se desangra para ellas como una gran rosa de fuego.

—¿No cree que la mujer puede tener alguna actuación preponderante en la campaña contra el alcoholismo, velando por la conservación de la salud pública?

—Nadie mejor que la mujer para eso —me responde—. En el

programa de Gabriel, se consulta darle a la mujer más campo de acción; que llegue donde debe llegar, con la gran capacidad que tiene, para que pueda cooperar con el hombre en los grandes problemas en que ella, con su sentido de maternidad, con su espíritu de sacrificio, puede lograr lo que nadie lograría.

—Como me alegra oírlo. Siento cómo Ud. se revela interiormente contra esa superioridad absurda que el hombre chileno, en general, siente por nosotras.

—En realidad; pero éstos son los pequeños de espíritu. La mujer chilena debe ir a las cajas, a las alcaldías, a la diplomacia, a los consulados, a regir la niñez desvalida, a tantas partes, en fin, donde se las está esperando para que derramen su generosi-

dad, floreciendo los caminos nublados de nuevos amaneceres. Yo deseo para ellas lo mejor del mundo. No puedo decirle en concreto, cómo voy a desarrollar esto que deseo, todavía no he encauzado tanto proyecto que florece en mi mente, pero dígasles a ellas que haré todo lo que me permitan mis fuerzas y mi capacidad y que para eso necesito la cooperación de todas las mujeres de buena voluntad, para convertir en realidad estos afanes míos.

La señora Markmann de González Videla calla; parece que hilvanara en su cerebro los hilos de todos sus buenos propósitos y acaso piensa que en el Gobierno de su marido, algunas serán embajadoras, otras irán a trabajar por la infancia desvalida, a ayudar a la mujer abandonada. Para ello será necesario movilizar a todas las mujeres de buena voluntad, uniéndolas en un esfuerzo común, porque no habría nada más hermoso, bajo el cielo de nuestra patria, que un ejército de madres, de esposas, de hijas, luchando fervorosamente por salvar al país de este enorme lastre, de incomprensión, desidia y espíritu de comodidad que hasta hoy ha postergado una mayor superación nacional.

—Yo sé, señora, que todas están esperando su llamado; le traigo el mensaje de muchas en ese sentido. No de las que luchan políticamente y desean puestos y bienestar. No; yo tengo alrededor mío muchas mujeres de esfuerzo, de horizontes amplios y que hoy se pliegan lealmente a su lado para ayudar a Ud. en la salvación de nuestra patria.

—Me da Ud. un gran consuelo; pero yo lo siento en el ambiente. No me he creado enemigos y hoy tenderé mi mano a todas las chilenas que puedan ayudarme en mi tarea. Ahora que mi marido ha obtenido este triunfo, no me interesa ni siquiera saber por quién estaban sus simpatías; hasta encuentro lógico que muchas, sin conocer a Gabriel, resistieran su candidatura, pero su triunfo es ahora una realidad y me halaga profundamente que mujeres de todas las clases sociales, de todas las ideologías, se hayan agrupado en torno suyo, convencidas ya que mi marido está inspirado en el bien de todos los chilenos.

—El alcalde actual tiene forjado ya un proyecto espléndido que daría bienestar al niño, a la madre, al hogar. Es largo y difícil para realizarlo, pero

sería efectivo y salvador. Es un hombre de gran visión.

—Me gustaría conocer, en detalles, su proyecto.

—¿No cree Ud. como un medio de conservar nuestra raza, que es aconsejable el certificado prenupcial?

—De urgente necesidad. Eso evitaría tantos males y dolores a todas las mujeres en general, pobres y ricas, que hoy día están expuestas a sufrimientos injustos por falta de previsión.

La señora Markmann se queda un momento silenciosa y me dice:

—Las mujeres podemos trabajar con mayor desinterés que los hombres, por aquello de que cae una de nosotras lleva el llamado de un hijo en sus entrañas. Nuestra labor iría envuelta en una visión más amplia que la que tiene el hombre, ya que las mujeres, por instinto natural, nos adelantamos a evitarles dolores a los hombres de mañana, que serán nuestros propios hijos.

Veo el reloj y me asusto al ver que casi ha llegado la noche. He pasado dos horas descubriendo la personalidad recia de la señora de nuestro Presidente, la compañera de sus labores, y siento una felicidad íntima; hay tantas mujeres que esperan mi impresión recogida, y qué contenta estoy al poder decirles que vamos afianzadas, que tenemos de nuestra parte a esta verdadera mujer, que sabe sufrir con el dolor ajeno, que se inquieta por el mal de los otros, que es generosa como todas las chilenas y que no la ha perturbado ni la belleza ni la situación.

Fuí bajando las escaleras de su casa con el pensamiento prendido en su alma noble y como habiendo para mí misma, me decía nuevamente:

“Voy a decir a todos los chilenos que la esposa de nuestro Presidente es una mujer luminosa”.

P. M.



Sra. Ana Reicher de Markmann con sus dos hijitas. La menor es la esposa del Excmo. señor Gabriel González Videla